

KÖ

La historia más grande
jamás contada

Ilustrado
por:
**ÓSCAR
LLORENS**



**CARE SANTOS &
ADRIÁN OLMEDO**

ANAYA

*Esta obra ha sido galardonada
con el XXIII Premio Anaya de Literatura Infantil y Juvenil,
cuyo jurado estuvo formado por Rocío Campos, Espido Freire,
Mercedes Hernández, Beatriz Rodríguez y Pablo Cruz.*

- © Del texto: Care Santos y Adrián Olmedo, 2026
- © De las ilustraciones: Óscar Llorens, 2026
- © De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2026
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

1.ª edición: mayo de 2026

ISBN: 978-84-143-6285-3
Depósito legal: M-5481-2026
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

KÖ

La historia más grande
jamás contada

CARE SANTOS & ADRIÁN OLMEDO

Ilustrado por ÓSCAR LLORENS



XXIII PREMIO ANAYA
DE LITERATURA
INFANTIL Y JUVENIL

ANAYA

Esperando la aventura



Recuerdo un nubarrón muy oscuro y muy ruidoso. Las explosiones. El principio de todo. La Tierra se acostumbraba a ser redonda. Rugía como un monstruo gigante. Había acción por todas partes, movimiento, grietas que se abrían, lava que salía a la superficie. Ni árboles, ni nubes, ni ríos. Tampoco existían los mares, ni los océanos, ni cascadas ni lagos ni charcos. Ningún ser vivo, ni siquiera una aburrida bacteria. Por supuesto, tampoco otros más divertidos, como un tigre o una cucaracha. La Tierra era un sitio donde hacía un tiempo de perros y donde solo había lava, explosiones, humo y un ruido ensordecedor. Un lugar donde nadie querría pasar sus vacaciones. Salvo las piedras. Las piedras nos adaptamos a cualquier parte y somos capaces de dormir hasta con el estruendo más terrible. Por eso, creo, tenemos fama de dormilonas.

Cuando las cosas se calmaron un poco, llovió durante varios miles de años. Menos mal que no había hombres ni mujeres del tiempo, porque las predicciones hubieran sido muy aburridas: «Se esperan tormentas generalizadas durante los próximos 37 siglos».

Así fue. Agua y más agua. Torrenteras, inundaciones, diluvios, desbordamientos. La Tierra convertida en una gran bola de agua creciente. Luego, las nubes desaparecieron y brilló el Sol. Eso sí estuvo bien. Si hubiera habido alguien aquí, habría aplaudido al Sol con gran entusiasmo. La luz brillante se reflejó sobre la superficie del agua y dibujó destellos de una belleza nunca vista, pero nadie lo supo, porque no había nadie mirando. A las piedras nos encantó, pero no somos muy buenas mostrando nuestro entusiasmo. El Sol se frustró un poco, creo que le parecimos un público muy insípido.

Yo no había nacido aún, pero mis antepasadas más antiguas conocieron el polvo de estrellas y los choques de planetas. La mayoría se perdieron en las profundidades de la Tierra, pero unas cuantas muy presumidas se quedaron para recordar esa época remota. Poca gente lo sabe, pero las piedras somos la memoria del mundo. Si quieres saber qué ha pasado en este precioso e insignificante planeta llamado



Tierra, solo tienes que estudiarnos a nosotras, las piedras. ¡Las hay de todo tipo! Algunas llegaron de galaxias lejanas. Otras son viejos animales que el tiempo endureció (y conservó). Hay otras, como yo, que nacimos del fuego. Y algunas que nunca vieron el fuego pero que soñaron con él. Las más redondeadas son también las que más cosas tienen que contar. Tenlo en cuenta la próxima vez que te encuentres con una de nosotras.

Yo no llegué del espacio ni soy un fósil. Soy una piedra de lo más normal. Nací, como la mayoría, de un fragmento de fuego viscoso que salió disparado por los aires tras una explosión. Fue muy emocionante volar, caer, enfriarme y cambiar. De viscosa y blanda a dura y sólida. Rodé ladera abajo para alejarme del cráter del que había surgido. Allí estuve a resguardo un tiempo, en la ladera de mi montaña. Aún no acabo de saber si las montañas son las madres de las piedras. Aunque sería genial ser hija de una montaña.

Las cosas eran bonitas aunque no tuvieran nombre. Las esferas del cielo, la luz, la oscuridad, todo eso que ocurría siempre del mismo modo, sin interrupción ni descanso.

A mi alrededor había muchas como yo. Miles. Quizás millones. Todas igual de confundidas.

Todas con las mismas preguntas: «¿Qué es esta luz? ¿Dónde estamos? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?».

Lo peor era que nadie conocía las respuestas, lo único que podíamos intercambiar (gracias a nuestra habilidad para conectar telepáticamente con otras piedras) eran preguntas. Y así no íbamos a ninguna parte.

De hecho, nadie iba a ninguna parte. En aquel planeta no caminaba nadie. Tampoco había voces, ni músicas, ni seres ruidosos. Aunque de vez en cuando aullaba el viento y rugían las profundidades. ¡Y mucho!

«Se está bien aquí. Podría quedarme un rato», me dije.

Para una piedra, «un rato» puede ser bastante tiempo.

Así que me quedé en la ladera durante 84 millones de años.